

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *How to cure a fanatic*
En cubierta: fotografía de © Micha Bar Am /
Magnum Photos / Contacto
Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Amos Oz, 2002

All rights reserved

© De la traducción, Daniel Sarasola Anzona

© Ediciones Siruela, S. A., 2003, 2012, 2016

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

www.siruela.com

ISBN: 978-84-16964-24-6

Depósito legal: M-39.789-2016

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Amos Oz

Contra el fanatismo y otros textos

Traducción del inglés de
Daniel Sarasola

 Siruela

Biblioteca Amos Oz

Nota del editor

Estos ensayos se difundieron originalmente en forma de conferencia en Alemania en el año 2002. Se editan aquí traducidos al castellano. Van seguidos de un *post scriptum* a la publicación de los Acuerdos de Ginebra, escrita en 2003, que formaba parte de un artículo, aparecido por primera vez en una versión ligeramente diferente en el periódico *The Guardian* el 17 de octubre de 2003. Además se incluye en esta nueva edición una entrevista con el autor realizada en 2012 con motivo del décimo aniversario de la conferencia alemana y una conferencia que Amos Oz ofreció en los Países Bajos en agosto de 2015.

Entre derecho y derecho

¿Quiénes son los buenos? Es lo que todo europeo bienintencionado, todo europeo de izquierdas, todo intelectual europeo o todo liberal europeo siempre quiere saber antes que nada. Quiénes son los buenos y quiénes los malos de la película. Vietnam era fácil en este sentido: el pueblo vietnamita era la víctima, y los americanos, los malos. Lo mismo con el *apartheid*: uno puede entender con facilidad que el *apartheid* era un crimen y que la lucha por unos derechos civiles igualitarios, por la liberación, por la igualdad y por la dignidad humana era justa. La lucha entre colonialismo e imperialismo, por un lado y, entre las víctimas del colonialismo y el imperialismo, por otro, parece relativamente sencilla: se puede distinguir a los buenos de los malos. En cuanto nos metemos en los cimientos del conflicto árabe-israelí, en concreto, en los conflictos palestino-israelíes, las cosas no están

tan claras. Y me temo que no voy a hacérselas a ustedes más fáciles diciendo simplemente: estos son los ángeles y estos los demonios, solo tienen ustedes que apoyar a los ángeles para que el bien prevalezca sobre el mal. El conflicto palestino-israelí no es una película del salvaje Oeste, no es una lucha entre el bien y el mal; más bien es una tragedia en el sentido más antiguo y estricto del término: un choque de derechos, un choque entre una reivindicación poderosa, profunda y convincente y otra reivindicación muy diferente pero no menos convincente, no por ello menos poderosa y no menos humana.

Los palestinos están en Palestina porque es la patria, la única patria, del pueblo palestino; de la misma forma que Holanda es la patria de los holandeses o Suecia la de los suecos. Los judíos israelíes están en Israel porque no hay otro país en el mundo al que los judíos, como pueblo, como nación, puedan llamar en ningún caso hogar. Sí como individuos, pero no como pueblo ni como nación. Los palestinos han intentado a regañadientes vivir en otros países árabes. Fueron rechazados, a veces humillados y perseguidos incluso por la supuesta «familia árabe». Se les hizo tomar conciencia

de su «palestinidad» de la forma más dolorosa; no les querían en el Líbano ni en Siria ni en Egipto ni en Irak. Tuvieron que aprender de manera aciaga que son palestinos y que Palestina es el único país al que pueden aferrarse. Curiosamente, el pueblo judío ha tenido una experiencia histórica paralela a la del pueblo palestino, en cierto modo. Los judíos fueron expulsados de Europa a patadas; mis padres fueron expulsados prácticamente a patadas de Europa hace unos setenta años. Igual que se expulsó a patadas a los palestinos primero de Palestina y luego de los países árabes, o casi. Cuando mi padre era un niño en Polonia, las calles de Europa estaban cubiertas con grafitis como «Judíos, volved a Palestina», o a veces peor: «¡Sucios judíos, largaos a Palestina!». Cuando mi padre volvió a Europa cincuenta años después, los muros estaban cubiertos de nuevos grafitis que decían «Judíos, fuera de Palestina».

La gente en Europa sigue enviándome maravillosas invitaciones para pasar un fin de semana de ensueño en un delicioso centro vacacional con compañeros palestinos, con colegas palestinos, con homólogos palestinos, para

que podamos aprender a conocernos, a gustarnos, a tomar un café juntos, para que nos percatemos de que ninguno de nosotros tiene cuernos ni rabo... y así el problema se disipará. Dicha actitud se basa en una idea sensiblera muy extendida en Europa de que todo conflicto solo es en esencia un malentendido. Un poco de terapia de grupo, una pizca de orientación familiar, y todo el mundo a vivir feliz. Pues bien, traigo malas noticias: algunos conflictos son muy reales, son mucho peores que un mero malentendido. Y también traigo una noticia sensacional: no hay ningún malentendido esencial entre los árabes palestinos y los judíos israelíes. Los palestinos quieren la tierra que ellos llaman Palestina. Tienen razones muy poderosas para quererla. Los judíos israelíes quieren exactamente la misma tierra por las mismas razones exactas, cosa que entraña al tiempo un perfecto entendimiento entre las partes y una tragedia terrible. Por muchas riadas de café que bebamos juntos no se extinguirá la tragedia de dos pueblos que reivindicaban —creo que con razón— el mismo pequeño país como su única patria nacional en el mundo entero. Tomar café juntos es maravilloso y

yo estoy muy por la labor, especialmente si se trata de café árabe, que es infinitamente mejor que el israelí. Pero el problema no va a resolverse tomando café. Necesitamos algo más que café y entendernos mejor. Necesitamos llegar a un acuerdo doloroso. La palabra acuerdo tiene una reputación terrible en Europa. Especialmente entre los jóvenes idealistas, que siempre identifican acuerdo con oportunismo, con algo deshonesto, con algo artero y turbio, con impronta de falta de integridad. No en mi vocabulario. Para mí la palabra acuerdo significa vida. Y lo contrario de acuerdo no es idealismo ni devoción; lo contrario de acuerdo es fanatismo y muerte. Necesitamos un acuerdo. Acuerdo, no capitulación. Un acuerdo significa que el pueblo palestino no debería arrodillarse jamás. Ni tampoco el pueblo judío israelí.

Voy a hablar de la naturaleza de semejante acuerdo pero, ya desde el principio, debería decirles que va a resultar muy doloroso. Porque ambos pueblos aman el país. Ambos pueblos, el judío israelí y el árabe palestino, tienen diferentes raíces, igualmente profundas, históricas y emocionales en el país. Uno de los componentes de esta tragedia, uno de los as-

pectos que la tiñen de cierta ironía, es que muchos judíos israelíes no reconocen lo profunda que es la conexión emocional de los palestinos con la tierra. Y muchos palestinos no logran reconocer lo profunda que es la conexión de los judíos con esa misma tierra. Aun así, dicho reconocimiento sobreviene de forma dolorosa y como un proceso doloroso para ambas naciones. Es un camino pavimentado de sueños hechos añicos, ilusiones rotas, esperanzas heridas y eslóganes del pasado que han saltado por los aires para ambas partes.

He trabajado durante muchos años para el movimiento israelí Paz Ahora. De hecho, trabajaba a favor de la paz palestino-israelí mucho antes de que se creara Paz Ahora en 1978. Remontándonos a 1967, inmediatamente después de la Guerra de los Seis Días, me contaba entre los primeros y poquísimos judíos israelíes que abogaron por negociar el futuro de la Franja de Gaza y Cisjordania, no con Jordania o Egipto, sino con la población y la Autoridad Palestinas. Y, sí, con la OLP, que por entonces se negaba a pronunciar siquiera la palabra Israel. Fue una experiencia curiosa la de aquellos días.

En este momento, el movimiento pacifista

israelí está herido. Pero dejemos muy claro que el movimiento pacifista israelí no es hermano gemelo de los movimientos pacifistas de Europa ni de los de América durante la guerra de Vietnam o más recientemente. No defendemos la idea de que si Israel se retira de los territorios ocupados todo se resolverá de la noche a la mañana. Tampoco defendemos la idea simplista de que Israel es el malo; por supuesto que no es el único malo de esta historia. Estamos por la paz pero no necesariamente a favor de la causa palestina. Somos muy críticos con la Autoridad Palestina. Personalmente soy tan crítico con la Autoridad Palestina como lo soy con la autoridad israelí. Volveré sobre ello más tarde. Pero nuestra discrepancia con algunos movimientos pacifistas europeos va todavía más lejos. He estado dos veces en mi vida en el campo de batalla. La primera como soldado reservista en una división acorazada en el frente egipcio del Sinaí en 1967; la segunda, en el frente sirio, en la guerra de 1973. Fue la experiencia más horrible de mi vida aunque no me avergüenzo de haber luchado en ambas guerras. No soy pacifista en el sentido sensiblero de la palabra. Si volviese a sentir que existe pe-

ligro real de que mi país sea borrado por completo del mapa y mi gente masacrada, volvería a luchar aunque ya soy viejo. Pero solo lo haría si pensara que es a vida o muerte o que alguien intenta esclavizarme, a mí o al de al lado. Nunca lucharía —preferiría ir a prisión— por más territorios. Nunca lucharía por una habitación más para la nación. Nunca lucharía por los santos lugares ni por vistas a los santos lugares. Nunca lucharía por supuestos intereses nacionales. Pero lucharía, y como un demonio, por la vida y la libertad. Por nada más.

Esto puede diferenciarme del pacifista europeo al uso, que sostiene que el mal supremo del mundo es la guerra. En mi vocabulario, la guerra es terrible pero el mal supremo no es la guerra sino la agresividad. Si en 1939 el mundo entero excepto Alemania hubiera mantenido que la guerra era el peor de todos los males del mundo, entonces Hitler habría sido el señor del universo hasta este momento. Así que, cuando uno reconoce la agresividad debe luchar contra ella, venga de donde venga. Pero solo por la vida y la libertad, no por más territorios ni por más recursos.

Cuando acuñé la frase «haz la paz y no el amor», desde luego, no estaba predicando en contra de hacer el amor. Pero sí intentaba acabar de alguna forma con ese revoltijo sentimental de paz, amor, hermandad, compasión, perdón y demás, que hace que la gente piense que solo con que los pueblos depusieran las armas el mundo volvería a ser de inmediato un lugar maravilloso y adorable. Personalmente, resulta que creo que el amor es un bien escaso. Al menos por mi experiencia personal, pienso que un ser humano puede amar a diez personas. Si es muy generoso, puede amar a veinte personas. Un ser humano afortunado, muy afortunado, puede incluso ser amado por diez personas. Si es afortunado en grado sumo, puede ser amado por veinte personas. Si alguien me dijera que ama Latinoamérica o que ama el tercer mundo o que ama la humanidad, es demasiado extenso para ser significativo. Como decía una canción popular de hace muchos años, «simplemente no hay amor suficiente para hacer girar el mundo». No creo que el amor sea la virtud mediante la cual resolvamos problemas internacionales. Necesitamos otras virtudes. Necesitamos sentido de la justicia, pero también

necesitamos sentido común. Necesitamos imaginación, una enorme capacidad para imaginar al otro, y a veces para ponernos en la piel del otro. Necesitamos la capacidad racional para llegar a un acuerdo y a veces para hacer sacrificios y concesiones, pero no necesitamos suicidarnos por amor a la paz. «Me mataré para que seas feliz». O «quiero que te mates porque eso me hará feliz». Y esas dos posturas no son diferentes; están más próximas de lo que ustedes piensan.

En mi opinión, lo contrario de guerra no es amor; lo contrario de guerra no es compasión; lo contrario de guerra no es generosidad, hermandad o perdón. No, lo contrario de guerra es paz. Las naciones necesitan vivir en paz. Si llego a ver en vida al Estado de Israel y al Estado de Palestina viviendo puerta con puerta como vecinos decentes sin opresión, sin explotación, sin derramamiento de sangre, sin terror, sin violencia, me daré por satisfecho incluso aunque no prevalezca el amor. Y, como dice el poeta Robert Frost, «una buena cerca hace buenos vecinos».

Una de las cosas que hace que el conflicto palestino-israelí, el conflicto árabe-israelí sea

especialmente duro es que se trata en esencia de un conflicto entre dos víctimas. Dos víctimas del mismo opresor. Europa, que colonizó el mundo árabe, lo explotó, lo humilló, pisoteó su cultura, lo controló y lo usó como patio de recreo imperialista; es la misma Europa que discriminó a los judíos, los persiguió, los acosó y finalmente los masacró en masa en un genocidio sin precedentes. Ahora bien, uno hubiera pensado que dos víctimas desarrollan de inmediato entre sí un sentido de solidaridad, como, por ejemplo, en la poesía de Bertolt Brecht. Pero en la vida real algunos de los peores conflictos se producen precisamente entre víctimas del mismo opresor. Dos hijos del mismo padre cruel no necesariamente se querrán. Muchas veces uno ve en el otro la viva imagen del cruel padre.

Y este es precisamente el caso, no ya entre israelíes y palestinos, sino entre judíos y árabes. Cada una de las partes mira a la otra y la ve a imagen y semejanza de sus pasados opresores. En gran parte de la literatura árabe contemporánea, aunque no en toda (y tengo que hacer aquí una salvedad: puedo leer literatura árabe solo traducida, ya que, desgraciadamente, no

entiendo el árabe), el judío, especialmente el judío israelí, aparece retratado como prolongación de la vieja Europa blanca, sofisticada, tiránica, colonizadora, cruel y despiadada. Son una vez más los colonizadores que llegaron a Oriente Próximo, esta vez disfrazados de sionistas; pero llegaron para tiranizar, colonizar y explotar. Son la misma gente; ya los conocemos. Muy a menudo los árabes no consiguen vernos ni siquiera algunos escritores árabes sensibilizados —a nosotros, los judíos israelíes— como lo que realmente somos: un puñado de supervivientes y refugiados medio histéricos, obsesionados por terribles pesadillas, traumatizados no solo por Europa sino también por el trato recibido en los países árabes e islámicos. La mitad de la población de Israel está formada por gente expulsada a patadas de los países árabes e islámicos. Israel es en puridad un campo de refugiados judíos enorme. La mitad de nosotros somos, de hecho, refugiados judíos procedentes de los países árabes. Pero los árabes no nos ven así; nos ven como una prolongación del colonialismo. Por la misma razón, nosotros, los judíos israelíes no vemos a los árabes, especialmente a los palestinos, como

lo que son: víctimas de siglos de opresión, explotación, colonialismo y humillación. No, los vemos como hacedores de pogromos y nazis, que se envuelven en sus kufiyas, se dejan crecer bigote y se tuestan al sol, pero que siguen con el mismo viejo juego de rebanar gargantas de judíos por diversión. Resumiendo, son nuestros viejos opresores otra vez. Hay una profunda ignorancia a este respecto en ambos bandos: no ignorancia política en lo relativo a los propósitos y metas, sino en lo concerniente a los antecedentes, los profundos traumas de ambas víctimas.

He sido muy crítico con el movimiento nacional palestino durante muchos años. Algunas razones son históricas; otras no. Pero sobre todo he sido muy crítico con el movimiento nacional palestino por su incapacidad para comprender lo auténtica que es la conexión judía con la tierra de Israel. Es incapaz de reconocer que la Israel moderna no es producto de empresa colonialista alguna, o al menos es incapaz de contárselo a su pueblo. Debo decirles de inmediato que soy igualmente crítico con generaciones de israelíes sionistas incapa-

ces de concebir que existe un pueblo palestino, un pueblo real, con derechos legítimos y reales. Así que ambos gobiernos —los pasados y, sí, también los actuales— son culpables de no entender esta tragedia o, al menos, de no contársela a sus pueblos respectivos.

Bueno, no creo en un estallido de amor mutuo entre Israel y Palestina. Tampoco espero que, una vez encontrada la fórmula milagrosa, los dos antagonistas se abracen repentinamente entre lágrimas, como en una escena de reconciliación a la manera de Dostoievski entre dos hermanos extraviados mucho tiempo ha: «¡Oh, hermano mío! ¿Me perdonarás algún día? ¿Cómo he podido ser tan terrible? Toma la tierra. ¿A quién le importa la tierra? Solo dame tu amor». Desgraciadamente, no espero nada de eso. Tampoco espero una luna de miel. En el caso de esperar algo, espero un divorcio justo y limpio entre Israel y Palestina. Y, por mucho que sean más o menos justos, los divorcios nunca son felices. Aun así hieren, son dolorosos. Especialmente, este divorcio concreto, que va a ser muy peculiar porque las dos partes que se divorcian se van a quedar definitivamente en

el mismo apartamento. Nadie se va a mudar. Y, al ser un apartamento muy pequeño, habrá que decidir quién se queda con el dormitorio A y quién con el dormitorio B y qué pasa con el salón. Y, al ser un apartamento tan pequeño, habrá que hacer una reforma especial en el baño y en la cocina. Muy incómodo. Pero mejor que esa especie de infierno en vida que todos están pasando ahora en ese país tan amado. Un país donde todos los días el cruel gobierno militar israelí oprime, asedia, humilla y somete a privaciones a los palestinos, ya sean hombres, mujeres o niños. Un país donde despiadados ataques terroristas indiscriminados aterrorizan todos los días al pueblo israelí, a civiles, ya sean hombres, mujeres, niños, escolares, adolescentes o clientes de un centro comercial. ¡Cualquier cosa es preferible a esto! Especialmente, un divorcio equitativo. Y tal vez con el tiempo, tras llevar a cabo este doloroso y razonable divorcio creando dos Estados, divididos aproximadamente según realidades demográficas... (y no voy a esbozar un mapa aquí, pero puedo decir en pocas palabras que, esencialmente, sus líneas de demarcación serían parecidas a las anteriores a 1967, con algunas modificaciones

establecidas de mutuo acuerdo y disposiciones especiales para los santos lugares de Jerusalén en disputa), una vez se haya llevado a cabo este divorcio y realizado una partición, creo que los israelíes y los palestinos estarán listos para saltársela y tomarse un café juntos.

Ese será el momento de tomar café juntos. Es más, profetizo que, poco después de que la solución de la partición se haya puesto en práctica, estaremos en disposición de preparar nuestra comida en la minicocina. Quiero decir con esto que estaremos en disposición de compartir una economía. Tal vez un mercado común de Oriente Próximo. Tal vez una moneda de Oriente Próximo. Puedo asegurarles una cosa a los europeos: desde luego, nuestro conflicto en Oriente Próximo es doloroso, sangriento, cruel y estúpido, pero no nos va a llevar mil años crear nuestro equivalente al euro en Oriente Próximo. Seremos más rápidos que ustedes y derramaremos menos sangre. Así que, antes de mirarnos por encima del hombro como a judíos idiotas, como a árabes idiotas, como a gente fanática, cruel, extremista y violenta, sean ustedes un poquito más cuida-

dosos al regañarnos. Nuestra historia sangrienta va a ser más corta que la suya. Sé que es muy peligroso hacer profecías cuando uno viene de la parte del mundo de la que vengo yo. Por allí hay mucha competencia en el negocio de la profecía. Pero me juego el cuello y predigo que no vamos a pasar cientos de años masacrándonos al estilo de la más honorable tradición europea. Seremos más rápidos. ¿Cuánto más? ¡Ojalá pudiera responder! Nunca he subestimado la miopía y la estupidez de los líderes políticos de ambos bandos. Pero llegará.

Es más, el crucial primer paso tendría que ser, debe ser, la solución de crear dos Estados. Israel debe volver a su propuesta inicial de 1948, e incluso a la anterior a dicha fecha, desde el principio: dar reconocimiento por reconocimiento, estatalidad por estatalidad, independencia por independencia, seguridad por seguridad. Civismo por civismo, respeto por respeto. Por su parte, la Autoridad Palestina debe dirigirse a su propio pueblo y proferir por fin, alto y claro, algo que nunca ha logrado proferir, concretamente que Israel no es un accidente histórico, que Israel no es una intrusión, sino la

patria de los judíos israelíes, por muy doloroso que ello sea para los palestinos. Igual que nosotros, los judíos israelíes, debemos decir alto y claro que Palestina es la patria del pueblo palestino, por muy molesto que nos resulte.

La peor parte del conflicto árabe-israelí o palestino-israelí no está ocurriendo ahora sino que se dio en todos aquellos años, en todas aquellas décadas, en las que un bando ni siquiera podía pronunciar el nombre del otro. Cuando para los palestinos y los demás árabes era en verdad difícil pronunciar la sucia palabra «Israel». Solían llamarle la «entidad sionista», la «criatura artificial», la «intrusión», la «infección», *Al Daula al-Maz'ouma* (el «Estado o el ser artificial»). Durante mucho tiempo, muchos árabes y sobre todo palestinos mantuvieron que Israel era una especie de exposición itinerante. Si protestaban bastante alto, el mundo se llevaría a Israel para trasplantarlo a alguna otra parte, tal vez a Australia u otro lugar lejano. Consideraban que Israel era una pesadilla, una *koshmar*: si se restregaban los ojos con fuerza, Israel desaparecería. Consideraban que Israel era una infección pasajera: si se rascaban una

y otra vez, el picor se mitigaría un poco. E intentaron dos veces — en realidad, más de dos — deshacer Israel por la fuerza de las armas. Fracasaron y se sintieron muy frustrados por ello. Pero en aquellos mismos años, los israelíes no fueron mejores. Ni siquiera podían pronunciar las palabras «pueblo palestino». Solíamos recurrir a eufemismos, como los «lugareños» o los «habitantes árabes del país». Éramos más panarabistas que el régimen egipcio de Nasser, porque si resulta que eres panarabista, entonces desaparece el problema palestino. El mundo árabe es enorme. Durante muchos años nos hemos negado a ver que los palestinos no podían encontrar un hogar ni siquiera en los demás países árabes. No queríamos verlo ni oírlo.

Aquellos tiempos pertenecen al pasado. Ahora cada uno de los dos pueblos debería reconocer que el otro es real. Y la mayoría de la gente de ambos bandos sabe ahora que el otro no se va a ir. ¿Les gusta la idea? En absoluto. ¿Es un momento alegre? En absoluto. Es un momento doloroso. Para los dos bandos es más como despertarse en un hospital tras la anestesia y descubrir que te han amputado un miembro. Y déjenme decirles que se trata de

un mal hospital con médicos que no son una maravilla y que las dos familias están fuera de la sala de operaciones despellejándose entre sí y maldiciendo a los médicos. Este es el escenario de Oriente Próximo en la actualidad. Pero al menos todo el mundo sabe que la cirugía es inevitable; ahora todo el mundo sabe que habrá que dividir el país de alguna forma en dos patrias nacionales. Un país que será predominante pero no exclusivamente judío porque los judíos tienen derecho a ser mayoría en una pequeña tierra que, tras la retirada de Israel, probablemente tendrá el tamaño de un tercio de un condado británico. Pero será un lugar que los judíos israelíes, el mundo entero e incluso nuestros vecinos reconocerán como nuestro hogar nacional. Pero el precio que hay que pagar es que el pueblo palestino tenga el mismo derecho. Tendrán una patria que será incluso más pequeña que Israel. Pero será un hogar, su hogar.

Sin embargo, más urgente que la cuestión de las fronteras, más urgente que la disputa por los santos lugares, más urgente que cualquier otra cuestión es qué hacer con la tragedia de los re-

fugiados palestinos de 1948. De esa gente que perdió su hogar, y que en algunos casos perdió su patria, lo perdió todo, durante la guerra de la Independencia de Israel de 1948. Existe un profundo desacuerdo sobre a quién echarle la culpa, o la mayor parte de la culpa, por esta tragedia. Encontrarán ustedes que algunos historiadores modernos israelíes culpan a Israel. Supongo que dentro de pocos años por fin, y espero llegar a verlo, ustedes encontrarán algunos historiadores árabes modernos que echarán la culpa a los gobiernos árabes de aquellos años. Pero, aparte de quién termine por asumir la culpa y en qué medida, este asunto es urgente y acuciante. Todos y cada uno de los refugiados palestinos sin hogar, sin trabajo ni país deberían ser provistos de hogar, trabajo y pasaporte. Israel no puede admitir a esa gente (al menos, no en gran número). Si lo hace dejará de ser Israel. Pero Israel debería participar en la solución. Israel también debería admitir parte de su responsabilidad en la tragedia. Establecer qué porcentaje de la responsabilidad es una cuestión muy académica y probablemente una cuestión muy subjetiva. Pero parte de la responsabilidad le corresponde a Israel.

La otra pertenece a la Autoridad Palestina de 1947 y a los gobiernos árabes de 1948. Israel debe ayudar al reasentamiento de los refugiados en la futura Palestina; es decir, en la franja de Gaza y Cisjordania o en cualquier otra parte. Por supuesto, Israel está en su perfecto derecho de sacar a colación el asunto del millón de refugiados judíos procedentes de los países árabes que también perdieron sus hogares y sus propiedades a consecuencia de la guerra de 1948. Estos judíos no quieren volver a los países árabes. Pero también han dejado todo atrás: en Irak, en Siria, en Yemen, en Egipto, en el norte de África, en Irán, en Líbano, países de donde fueron prácticamente expulsados, a veces incluso por la fuerza. Así que se debería prestar atención a todo esto.

Si yo fuera el primer ministro israelí, no firmaría ningún acuerdo de paz que no resolviera el tema de los refugiados palestinos, volviendo a permitir su asentamiento en el Estado de Palestina. Porque cualquier resolución que no atienda la cuestión de los refugiados es una bomba de relojería. Este problema humano y nacional debe resolverse en el marco de un proceso de

paz inmediato, no solo por razones morales sino incluso por motivos egoístas de la seguridad del Estado de Israel. Afortunadamente, no estamos hablando de toda África ni de la India. Hablamos de varios cientos de miles de hogares y puestos de trabajo. No todo refugiado palestino carece de hogar y de país ahora mismo. Pero aquellos que están sin patria ni hogar se pudren en condiciones inhumanas en campos de refugiados. Su problema es mi problema. Si no hay solución para esa gente, Israel no tendrá paz ni tranquilidad por muchos acuerdos a los que llegue con su vecino.

Quiero proponer el primer proyecto en común que judíos israelíes y árabes palestinos tendrán que iniciar, tan pronto como se lleve a cabo su divorcio y se ponga en práctica la solución de crear dos países. El primer proyecto conjunto, para el que no deberíamos pedir ayuda extranjera en absoluto y para el que las dos naciones deberían hacer la misma inversión dólar a dólar, debería ser un monumento compartido a nuestras pasadas estupideces, a nuestras idioteces de antaño. Porque todo el mundo sabe que cuando algún día el tratado

de paz se ponga por fin en práctica, el pueblo palestino va a conseguir mucho menos de lo que habría podido conseguir hace cincuenta y cinco años, cinco guerras y ciento cincuenta mil muertos, nuestros muertos y los suyos. ¡Si al menos la Autoridad Palestina de 1947-1948 hubiera sido menos fanática, sesgada y reacia a llegar a un acuerdo y hubiera aceptado la resolución de partición propuesta en noviembre de 1947 por las Naciones Unidas! Pero el Gobierno israelí también tendrá que contribuir a ese monumento a la estupidez porque nosotros los israelíes podíamos habernos fraguado un trato mucho mejor, un trato mucho más convincente, si nos hubiéramos mostrado menos arrogantes, menos intoxicados de poder, menos egoístas y menos carentes de imaginación después de nuestra victoria militar de 1967.

Así que las dos naciones tienen mucho examen de conciencia que hacer sobre su pasado de mutuas estupideces. No obstante, la buena noticia es que ya no están cerradas en banda. Si ahora se hiciera un referéndum o una encuesta a la opinión pública entre el Mediterráneo y el río Jordán, preguntando a todos y a cada

uno de los individuos (sin distinción de religión, estatus, adscripción política, pasaporte o carencia de él, a cada individuo sin más), no ya lo que considera una solución justa, no ya lo que desea que pase, sino lo que piensa que realmente va a ocurrir al final del día, supongo que un ochenta por ciento diría: «Una partición y una solución de dos Estados». Y algunos añadirían de inmediato: «¡Y esto será el fin de todo y será una injusticia terrible!». La gente diría eso en ambos bandos. Pero, al menos, ahora la mayoría de la gente lo sabe. Creo que la buena noticia es que tanto el pueblo judío israelí como el pueblo árabe palestino van por delante de sus líderes por primera vez en cien años. Y cuando por fin un líder visionario se levante en ambos bandos y diga: «¡Esto es! ¡Esto es! Un sueño bíblico... Todos podéis seguir soñando, sueños anteriores a 1947, sueños posteriores a 1967, estas o aquellas fantasías, podéis seguir soñando, no hay censura en los sueños. Pero la realidad es, *grosso modo*, el texto de 1967», poned o quitad aquí y allá de mutuo acuerdo, y algunas soluciones con final abierto para los santos lugares en disputa, porque solo una solución con final abierto puede funcionar en

este caso. En el momento en que los líderes de ambos bandos estén preparados para decir esto, encontrarán a sus dos pueblos tristemente preparados para ello. No felices, pero preparados. Más preparados que nunca. Preparados a la fuerza, preparados a través del dolor y del derramamiento de sangre, pero preparados.

Quiero dejar clara una última cosa. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué pueden hacer los creadores de opinión? ¿Qué pueden hacer los europeos? ¿Qué puede hacer el mundo exterior, aparte de llevarse las manos a la cabeza y decir «¡Qué terrible!»?; Pues bien, hay dos cosas; tal vez tres. Primera: los creadores de opinión en toda Europa tienen la mala costumbre de regañar con el dedo como una institutriz victoriana pasada de moda tanto a un bando como al otro: «¿No os da vergüenza?». Me encuentro con demasiada frecuencia en los periódicos de algunos países europeos cosas terribles sobre Israel, sobre los árabes y el islam. Cosas de mentes simples, de mentes estrechas, de mojigatos. Ya no soy europeo en ningún aspecto, excepto en el dolor de mis padres y ancestros que dejaron grabada en mis genes una sensación de amor no corres-

pondido por Europa. Pero si fuera europeo, tendría sumo cuidado en no regañar a nadie en absoluto. En lugar de regañar, llamando esto y lo de más allá a israelíes y palestinos, haría lo imposible por ayudar a ambos bandos. Porque están a punto de tomar la decisión más dolorosa de toda su historia. Los israelíes, al renunciar a los territorios ocupados y al levantar la mayoría de los asentamientos, no solo tendrán que retractarse de su propia imagen y sufrir un serio choque y escisión internos, sino que también verán amenazada su seguridad, no por parte de Palestina, sino por parte de potencias árabes extremistas futuras que puedan utilizar algún día el territorio palestino para lanzar un ataque contra Israel. Dicho territorio, tras la retirada israelí, quedará justo en el centro con una extensión de doce kilómetros de ancho. Esto significa que los límites del futuro Estado palestino empezarán a unos siete kilómetros de nuestro único aeropuerto internacional. Palestina estará dentro de un radio de veinte kilómetros de casi la mitad de la población judío-israelí, y Jerusalén, en la frontera. No es una decisión fácil de tomar para los israelíes, pero aun así tendrán que hacerlo. Por su parte los

palestinos deberán sacrificar zonas que solían ser suyas antes de 1948, y esto va a dolerles. Adiós a Haifa, a Yafa, adiós a Beersheba y a muchas otras ciudades y pueblos que solían ser árabes, que ya no lo son y que tampoco serán palestinos. Va a doler de manera infernal. Así que, si alguien quiere ayudar o compadecerse, aunque sea a pequeña escala, ahora es el momento de hacerlo de forma extensible a los dos pacientes. Ya no hay que elegir entre estar a favor de Israel o de Palestina. Hay que estar a favor de la paz.

Cómo curar a un fanático

Entonces, ¿cómo curar a un fanático? Perseguir a un puñado de fanáticos por las montañas de Afganistán es una cosa. Luchar contra el fanatismo, otra muy distinta. Me temo que no tengo ninguna idea concreta sobre cómo atrapar fanáticos en las montañas, pero sí que tengo una o dos reflexiones sobre la naturaleza del fanatismo y sobre las maneras, si no de curarlo, al menos sí de controlarlo. El ataque a los Estados Unidos del 11 de septiembre no hay que verlo en clave de enfrentamiento entre pobres y ricos. Ese enfrentamiento es uno de los problemas más terribles del mundo, pero haríamos un diagnóstico erróneo de dichos ataques terroristas si pensáramos que esto era simplemente un ataque de los pobres a los ricos. No se trata solo de «tener y no tener». Si fuera así de simple, uno esperaría que el ataque viniera de África, el más pobre, y que se lanzaran contra Arabia

Saudí y los Emiratos Árabes Unidos, los Estados productores de petróleo, que son los más ricos. No. Es una batalla entre los fanáticos que piensan que el fin, cualquier fin, justifica los medios, y los que pensamos que la vida es un fin y no un medio. Es una lucha entre los que piensan que la justicia, cualquiera que sea el significado que se atribuya a dicha palabra, es más importante que la vida y los que pensamos que la vida tiene prioridad sobre muchos otros valores, convicciones o credos. La actual crisis del mundo, en Oriente Próximo, en Israel/Palestina, no es consecuencia de los valores del islam. No se debe a la mentalidad de los árabes, como claman algunos racistas. En absoluto. Se debe a la vieja lucha entre el fanatismo y el pragmatismo. Entre el fanatismo y el pluralismo. Entre el fanatismo y la tolerancia. El 11 de septiembre ni siquiera es consecuencia de la bondad o maldad de los Estados Unidos, ni tiene que ver con que el capitalismo sea feo o flagrante, ni con si la globalización debería detenerse o no. Tiene que ver con la típica reivindicación fanática: si pienso que algo es malo, lo aniquilo junto a todo lo que lo rodea.

El fanatismo es más viejo que el islam, más viejo que el cristianismo, más viejo que el judaísmo, más viejo que cualquier Estado y que cualquier gobierno o sistema político, más viejo que cualquier ideología o credo del mundo. Desgraciadamente, el fanatismo es un componente siempre presente en la naturaleza humana, un gen del mal, por llamarlo de alguna manera. La gente que ha volado clínicas donde se practicaban abortos en los Estados Unidos, y los que queman sinagogas y mezquitas en Europa solo se diferencian de Bin Laden en la magnitud de sus crímenes pero no en la naturaleza. Desde luego, el 11 de septiembre produjo tristeza, ira, incredulidad, sorpresa, melancolía, desorientación y, sí, algunas respuestas racistas —antiárabes y antimusulmanas— por doquier. ¿Quién iba a pensar que al siglo XX le seguiría de inmediato el siglo XI?

Mi propia infancia en Jerusalén me ha hecho experto en fanatismo comparado. El Jerusalén de mi niñez, allá por los años cuarenta del pasado siglo, estaba lleno de profetas espontáneos, redentores y mesías. Todavía hoy, cada jerosolimitano tiene su fórmula personal para la salvación instantánea. Todos dicen que llegaron a

Jerusalén —y cito una famosa frase de una vieja canción— para construirla y ser contruidos por ella. De hecho, algunos (judíos, cristianos, musulmanes, socialistas, anarquistas y reformadores del mundo) han acudido a Jerusalén, no tanto para construirla o ser contruidos por ella como para ser crucificados o para crucificar a otros, o para ambas cosas al tiempo. Hay un trastorno mental muy arraigado, una reconocida enfermedad mental llamada «síndrome de Jerusalén»: la gente llega, inhala el fresco y maravilloso aire de la montaña y, de pronto, se inflama y prende fuego a una mezquita, a una iglesia o a una sinagoga. O se quita la ropa, trepa a una roca y comienza a profetizar. Nadie escucha jamás. Incluso hoy día, incluso en la Jerusalén actual, en cada cola del autobús es probable que estalle una exaltada agrupación callejera entre gente que no se conoce de nada pero que discute de política, moralidad, estrategia, historia, identidad, religión y de las verdaderas intenciones de Dios. Mientras discuten de política y teología, del bien y del mal, los participantes en dichas agrupaciones intentan, no obstante, abrirse paso a codazos hasta los primeros puestos de la fila. Todo el mundo

grita; nadie escucha, excepto yo. Yo escucho a veces y así me gano la vida.

Aun así, confieso que de niño, en Jerusalén, yo también era un pequeño fanático con el cerebro lavado, con ínfulas de superioridad moral, chovinista, sordo y ciego a todo discurso que fuera diferente al poderoso discurso judío sionista de la época. Yo era un chico que lanzaba piedras, un chico de la intifada judía. De hecho, las primeras palabras que aprendí a decir en inglés, aparte de *yes* o *no*, fueron *British, go home!*, que era lo que los chicos judíos solíamos gritar a las patrullas británicas de Jerusalén mientras las apedreábamos.

Y hablando de ironías de la historia, en mi novela de 1995, *Una pantera en el sótano*, describo cómo un chico llamado o apodado Profi pierde su fanatismo, su chovinismo, y cambia casi por completo en el espacio de dos semanas gracias a cierto sentido relativista, a un baño de relativismo. Por casualidad y en secreto, se hace amigo de un enemigo, concretamente de un sargento de policía británico muy dulce e ineficaz. Los dos se reúnen a escondidas e intercambian clases de inglés y hebreo.

Y el chico descubre que las mujeres no tienen cuernos ni rabo, una revelación casi tan chocante para él como descubrir que ni los británicos ni los árabes tienen cuernos ni rabo. De alguna forma, el chico desarrolla un sentimiento ambivalente, una capacidad para abandonar la creencia de que las cosas son blancas o negras. Pero, desde luego, paga un precio: al final de esta corta novela ya no es un niño sino un pequeño mayor, un adulto en miniatura. Gran parte de la alegría y la fascinación, del entusiasmo y la sencillez de la vida han desaparecido. Y, además, se gana un apodo: sus antiguos amigos comienzan a llamarle *traidor*. Voy a tomarme la libertad de citar la primera página y media de *Una pantera en el sótano*¹ porque creo que es el texto que mejor expresa lo que pienso acerca del fanatismo:

Muchas veces en la vida me llamaron traidor. La primera fue a los doce años y tres meses, cuando vivía en un barrio a las afue-

¹ *Una pantera en el sótano*, traducción de Marta Lapides, Sonia de Pedro y Raquel García Lozano, Ediciones Siruela, Madrid, 1998, páginas 13-15. (*N. del T.*)

ras de Jerusalén. Fue durante las vacaciones de verano, faltaba menos de un año para que el Gobierno británico se retirara del país y naciera, en medio de la guerra, el Estado de Israel.

Una mañana vimos en la pared de nuestra casa, debajo de la ventana de la cocina, escritas en gruesas letras negras, unas palabras que decían: PROFÍ, BOGED SHAFEL (*¡Profi, vil traidor!*). El término *SHAFEL* (*vil*) despertó en mí una curiosidad que, hasta hoy, mientras estoy sentado escribiendo esta historia, me sigue interesando: ¿puede haber un traidor que no sea vil? De no ser así, ¿por qué se molestaría Chita Reznik (reconocí su letra) en añadir la palabra *vil*? Y si es posible, entonces, ¿en qué casos la traición no es vil?

El mote de Profi se me quedó hasta bien mayor. Era el diminutivo de profesor, por la manía que tenía de jugar con las palabras. (Todavía me encantan las palabras: coleccionarlas, ordenarlas, mezclarlas, darles la vuelta, formarlas. Más o menos como hacen los que aman el dinero con las monedas y

los billetes, o los que aman el juego con las cartas).

Mi padre había salido a las 6:30 de la mañana a comprar el periódico y se encontró con la pintada debajo de la ventana de la cocina. En el desayuno, mientras untaba mermelada de frambuesa en una rebanada de pan integral, hundió de repente el cuchillo casi hasta el mango en el fondo del bote y con voz pausada dijo:

—Muy bonito. Vaya sorpresa. ¿Qué ha tramado Su Excelencia para que nos honren con esta distinción?

Mi madre dijo:

—No la tomes con él desde por la mañana. Ya tiene bastante con que los niños le in-cordien.

Mi padre iba vestido de color caqui, como casi todos los hombres del barrio en esa época. Tenía los ademanes y la voz de una persona que siempre tiene toda la razón. Sacó con el cuchillo una compacta masa de frambuesa del fondo del bote, cubrió uniformemente las dos mitades de la rebanada y dijo:

—La verdad es que en nuestros días casi todo el mundo usa el apelativo *traidor* con demasiada facilidad, pero ¿qué es un traidor? Ciertamente, alguien sin honor. Uno que, a escondidas, por la espalda, a cambio de algún dudoso beneficio, ayuda al enemigo en contra de su pueblo. O para perjudicar a su familia y a sus amigos. Es más despreciable que un asesino. Y, por favor, termínate el huevo. El periódico dice que en Asia la gente se muere de hambre.

Mi madre arrastró el plato hacia ella y se comió el huevo y el resto de pan con mermelada, no por hambre sino por amor a la paz. Dijo:

—El que ama no traiciona.

Más avanzada la novela, el lector puede descubrir que la madre estaba totalmente equivocada. Solo el que ama puede convertirse en traidor. La traición no es lo contrario del amor; es una de sus muchas opciones. Traidor —creo— es quien cambia a ojos de aquellos que no pueden cambiar y no cambiarán, aquellos que odian cambiar y no pueden concebir el cambio, a pesar de que siempre quieren cam-

biarle a uno. En otras palabras, traidor, a ojos del fanático, es cualquiera que cambia. Y es dura la elección entre convertirse en un fanático o convertirse en un traidor. No convertirse en fanático significa ser, hasta cierto punto y de alguna forma, un traidor a ojos del fanático. Yo he hecho mi elección y el libro *Una pante-
ra en el sótano* es prueba fehaciente de ello.

Hace un momento me he llamado a mí mismo experto en fanatismo comparado. No es ningún chiste. Si alguien sabe de una escuela o universidad que vaya a abrir un Departamento de Fanatismo Comparado, aquí estoy yo para solicitar un puesto de profesor. Como antiguo jerosolimitano, como fanático rehabilitado, siento que estoy plenamente cualificado para el puesto. Tal vez sea hora de que toda escuela, toda universidad organice al menos un par de cursos de Fanatismo Comparado ya que este surge por todas partes. No me refiero solo a las manifestaciones obvias del fundamentalismo y el fervor ciego. No me refiero solo a los fanáticos declarados, esos que vemos en la tele entre multitudes histéricas que agitan sus puños contra las cámaras mientras gritan es-

lóganes en lenguas que no entendemos. No, el fanatismo surge en cualquier parte. Y sus formas más silenciosas, más civilizadas, están presentes en nuestro entorno y tal vez también dentro de nosotros mismos. ¡Conozco bastantes no fumadores que te quemarían vivo por encender un cigarro cerca de ellos! ¡Conozco muchos vegetarianos que te comerían vivo por comer carne! Conozco a pacifistas (algunos de mis colegas del movimiento israelí Paz Ahora, por ejemplo) deseosos de pegarme un tiro en la cabeza a quemarropa solo por defender una estrategia ligeramente diferente a la suya para lograr la paz con los palestinos.

Desde luego, no estoy diciendo que cualquiera que alce la voz contra cualquier cosa sea un fanático. No estoy sugiriendo que cualquiera que manifieste opiniones vehementes sea un fanático, claro que no. Digo que la semilla del fanático siempre brota al adoptar una actitud de superioridad moral que impide llegar a un acuerdo. Es una plaga muy común que, por supuesto, se manifiesta en diferentes grados. Un o una militante ecologista puede adoptar una actitud de superioridad moral que impida llegar a un acuerdo, pero no causará tanto daño

si lo comparamos, digamos, con quien lleva a cabo una limpieza étnica o un terrorista.

Aún más: todos los fanáticos sienten una atracción, un gusto especial por lo *kitsch*. Muy a menudo, el fanático solo puede contar hasta uno, ya que dos es un número demasiado grande para él o ella. Al mismo tiempo, descubrimos que, a menudo, los fanáticos son sentimentales empedernidos. A menudo, prefieren sentir a pensar y muestran una especial fascinación por su propia muerte. Desprecian este mundo y se sienten ansiosos por canjearlo por el «cielo». De todos modos, por lo general, conciben su cielo como el eterno final feliz de las películas malas.

Voy a contar una historia a modo de digresión; soy un digresor notorio, siempre hago digresiones. Un querido amigo y colega mío, el maravilloso novelista israelí Sammy Michael, tuvo una vez la experiencia, que de vez en cuando tenemos los escritores, de ir en taxi durante un buen rato por la ciudad con un conductor que le iba dando la típica conferencia sobre lo importante que es para nosotros, los judíos, matar a todos los árabes. Sammy le escucha-

ba y, en lugar de gritarle: «¡Qué hombre tan terrible es usted! ¿Es usted nazi o fascista?», decidió tomárselo de otra forma y le preguntó: «¿Y quién cree usted que debería matar a todos los árabes?». El taxista dijo: «¿Qué quiere decir? ¡Nosotros! ¡Los judíos israelíes! ¡Debemos hacerlo! No hay otra elección. ¡Y si no mire lo que nos hacen todos los días!». «Pero ¿quién piensa usted exactamente que debería llevar a cabo el trabajo? ¿La policía? ¿O tal vez el ejército? ¿El cuerpo de bomberos o equipos médicos? ¿Quién debería hacer el trabajo?». El taxista se rascó la cabeza y dijo: «Pienso que deberíamos dividirlo a partes iguales entre cada uno de nosotros, cada uno de nosotros debería matar a unos cuantos». Y Sammy Michael, todavía con el mismo juego, dijo: «De acuerdo. Suponga que a usted le toca cierto bloque residencial de su ciudad natal y llama usted a cada puerta o toca el timbre y dice: “Disculpe, señor”, o “Disculpe, señora. ¿No será usted árabe por casualidad?”. Y si la respuesta es afirmativa le dispara. Luego termina con su bloque y se dispone a irse a casa, pero al hacerlo —dijo Sammy al taxista— oye en alguna parte del cuarto piso del bloque llorar a un

recién nacido. ¿Volvería para disparar al recién nacido? ¿Sí o no?». Se produjo un momento de silencio y el taxista le dijo a Sammy: «¿Sabe?, es usted un hombre muy cruel».

Es una historia muy significativa, porque hay algo en la naturaleza del fanático que es esencialmente sentimental y, al mismo tiempo, carente de imaginación. Y, a veces, albergo la esperanza —desde luego, muy limitada— de que, inyectando algo de imaginación en algunos, tal vez les ayudemos a reducir al fanático que llevan dentro y a sentirse incómodos. No es un remedio rápido, no es una cura rápida, pero puede ayudar.

Conformidad y uniformidad, la urgencia por «pertenecer a» y el deseo de hacer que todos los demás «pertenecan a» pueden constituir perfectamente las formas de fanatismo más ampliamente difundidas, aunque no las más peligrosas. Recuerden *La vida de Brian*, esa maravillosa película de Monty Python cuyo protagonista dice a la multitud de sus futuros discípulos: «¡Sois todos individuos!», y la multitud responde a gritos: «¡Todos somos individuos!», excepto uno, que dice tímidamente con

un hilo de voz: «Yo no». Pero todos le mandan callar, enfadados. Una vez dicho que la conformidad y la uniformidad son formas morigeradas pero extendidas de fanatismo, tengo que añadir que, con frecuencia, el culto a la personalidad, la idealización de líderes políticos o religiosos o la adoración de individuos seductores bien pueden constituir otras formas extendidas de fanatismo. El siglo XX parece haber dado muestras excelentes en este sentido. Por un lado, los regímenes totalitarios, las ideologías mortíferas, el chovinismo agresivo, las formas violentas de fundamentalismo religioso. Por otro lado, la idolatría universal de una Madonna o un Maradona. Tal vez el peor aspecto de la globalización sea la infantilización del género humano: «el jardín de infancia global», lleno de juguetes y aparatos, de caramelos y piruletas. Hasta el siglo XIX, en algún momento en torno a mediados del mismo (varía de un país a otro, de un continente a otro, pero, *grosso modo*, hasta el siglo XIX), la mayoría de la gente en la mayor parte del mundo solía tener al menos tres certezas básicas: dónde pasará la vida, qué haré para vivir y qué pasará conmigo después de morir. Casi todos en el mundo —solo hace

unos ciento cincuenta años— sabían que pasarían su vida donde habían nacido o en algún lugar cercano, tal vez en el pueblo de al lado. Todos sabían que se ganarían la vida como sus padres o de forma similar. Y que, si se portaban bien, irían a un mundo mejor después de morir. El siglo XX ha erosionado, y a menudo destruido, estas y otras certezas. Puede que la pérdida de dichas certezas elementales sea lo que haya provocado el medio siglo más plagado de ideologías, seguido del medio siglo más ferozmente egoísta, hedonista y volcado en los aparatos de la historia. Por lo que respecta a los movimientos ideológicos de la primera mitad, el lema solía ser: «Mañana será un día mejor: sacrifiquémonos hoy»; impongamos incluso que los demás se sacrifiquen hoy, de forma que nuestros hijos hereden un paraíso en el futuro. En algún momento, en torno a mediados de siglo, se reemplazó esta noción por la de felicidad instantánea. No se trataba ya del famoso derecho a luchar por la felicidad, sino de la ilusión —actualmente tan extendida— de que la felicidad está desplegada en las estanterías, de que solo hay que llegar a ser lo bastante rico para costearse la felicidad a golpe de talonario.

Pero el final de cuento «fueron felices y comieron perdices», la ilusión misma de la felicidad duradera es, de hecho, un oxímoron. Puede ser puntual o prolongada, pero la felicidad eterna no es felicidad, igual que un orgasmo sin fin no sería un orgasmo en absoluto.

La esencia del fanatismo reside en el deseo de obligar a los demás a cambiar. En esa tendencia tan común de mejorar al vecino, de enmendar a la esposa, de hacer ingeniero al niño o de enderezar al hermano, en vez de dejarles ser. El fanático es una criatura de lo más generosa. El fanático es un gran altruista. A menudo, está más interesado en los demás que en sí mismo. Quiere salvar tu alma, redimirte. Liberarte del pecado, del error, de fumar. Liberarte de tu fe o de tu carencia de fe. Quiere mejorar tus hábitos alimenticios o curarte de la bebida o de tu hábito de votar. El fanático se desvive por uno. Una de dos: o te echa los brazos al cuello porque te quiere de verdad, o se te lanza a la yugular si demostramos ser unos irredentos. En cualquier caso, topográficamente hablando, echar los brazos al cuello y lanzarse a la yugular es casi el mismo gesto. De una forma u otra, el

fanático está más interesado en el otro que en sí mismo por la sencillísima razón de que tiene un yo bastante exiguo o carece por completo de yo. El señor Bin Laden y la gente de su calaña no solo odian a Occidente. No es tan sencillo. Más bien creo que quieren salvar nuestras almas, quieren liberarnos de nuestros horribles valores: del materialismo, del pluralismo, de la democracia, de la libertad de opinión, de la liberación femenina... Todo esto, según los fundamentalistas islámicos, es muy pero que muy perjudicial para la salud. Puede que el blanco inmediato de Bin Laden fuera Nueva York o Madrid, pero, con toda seguridad, la meta de Bin Laden no era los Estados Unidos. Su meta era convertir a los musulmanes pragmáticos, moderados, en «auténticos» creyentes, en su tipo de musulmanes. El islam, en opinión de Bin Laden, estaba debilitado por los «valores norteamericanos», y para defender al islam no solo hay que golpear a Occidente y golpearlo fuerte; al final, hay que convertir a Occidente. Solo prevalecerá la paz cuando el mundo se haya convertido, no ya al islam, sino a la modalidad más rígida, soberbia y fundamentalista de islam. Será por nuestro bien. En el

fondo Bin Laden nos ama: según este punto de vista, el 11 de septiembre fue un acto de amor. Lo hizo por nuestro bien, quiere cambiarnos, quiere redimirnos.

Muy a menudo, todo esto comienza en la familia. El fanatismo comienza en casa, precisamente por la urgencia tan común de cambiar a un ser querido por su propio bien. Comienza por la urgencia de la autoinmolación por el bien de un vecino muy querido. Comienza por la urgencia de decirle a un hijo: «Tienes que ser como yo; no como tu madre» o «Tienes que ser como yo; no como tu padre» o «Por favor, sé muy diferente de ambos». O cuando los cónyuges se dicen el uno al otro: «Tienes que cambiar; tienes que ser como yo o de lo contrario este matrimonio no funcionará». Con frecuencia, comienza por la urgencia de vivir la propia vida a través de la vida de otro. De anularse uno mismo para facilitar la realización del prójimo o el bienestar de la próxima generación. La autoinmolación suele infligir terribles sentimientos de culpa en el beneficiario; esto es, manipulación o, incluso, control de él o de ella. Si yo tuviera que elegir entre los dos tipos de madre del famoso chiste judío, la que dice a

su hijo: «¡Termina el desayuno o te mato!» o la que dice: «¡Termina el desayuno o me mato!», probablemente elegiría el menor de los dos males: no terminarme el desayuno y morir en vez de no terminarme el desayuno y pudrirme en la culpa el resto de mi vida.

Volvamos ahora al sombrío papel de los fanáticos y del fanatismo en el conflicto entre Israel y Palestina, entre Israel y gran parte del mundo árabe. El choque entre israelíes y palestinos no es, en esencia, una guerra civil entre dos bandos de la misma población, o del mismo pueblo, o de la misma cultura. No es un conflicto interno sino internacional. Afortunadamente. Porque los conflictos internacionales son más fáciles de resolver que los internos, que las guerras religiosas, que las luchas de clases, que las guerras de valores. He dicho más fácil, no fácil. En esencia, la batalla entre judíos israelíes y árabes palestinos no es una guerra religiosa, aunque los fanáticos de ambos bandos hagan lo imposible por convertirla en tal. Fundamentalmente, no es más que un conflicto territorial sobre la dolorosa cuestión «¿de quién es la tierra?». Es un conflicto entre derecho y derecho, entre dos reivindicaciones

muy convincentes y muy poderosas acerca del mismo pequeño país. Ni guerra religiosa, ni guerra de culturas, ni desacuerdo entre dos tradiciones, sino sencillamente una verdadera disputa inmobiliaria sobre de quién es la casa. Y yo creo que puede resolverse.

De una manera modesta, siendo prudentes, creo que la imaginación tal vez pueda inmunizar parcial y limitadamente contra el fanatismo. Creo que una persona capaz de imaginar lo que sus ideas implican, como en el caso del bebé que llora en el cuarto piso, puede convertirse en un fanático menos completo, lo cual ya entraña una ligera mejoría. Desearía poder deciros, llegados a este punto, que la literatura es la respuesta, porque la literatura contiene un antídoto contra el fanatismo al inyectar imaginación en sus lectores. Quisiera poder recetar sencillamente: leed literatura y os curaréis de vuestro fanatismo. Desgraciadamente, no es tan sencillo. Desgraciadamente, muchos poemas, muchas historias y dramas a lo largo de la historia se han utilizado para inflar el odio y la arrogancia moral nacionalista. A pesar de todo, hay ciertas obras literarias que —creo—

pueden ayudar hasta cierto punto. No obran milagros, pero pueden ayudar. Shakespeare puede ayudar mucho: en Shakespeare, todo extremismo, toda crudeza que no se compromete a llegar a un acuerdo, toda forma de fanatismo termina, tarde o temprano, en tragedia o en comedia. Al final, el fanático nunca es más feliz ni está más satisfecho, así muera o se convierta en bufón. Es una buena inyección. Y Gógol también puede ayudar: hace tomar conciencia grotescamente a sus lectores de lo poco que sabemos, incluso cuando estamos convencidos de que tenemos el cien por cien de la razón. Gógol nos enseña que nuestra propia nariz puede convertirse en un enemigo terrible, incluso en un enemigo fanático. Y puede que uno acabe persiguiendo fanáticamente a su nariz. No es una mala lección. Kafka es un buen educador a este respecto, aunque estoy seguro de que nunca pretendió aleccionar contra el fanatismo con su obra. Kafka nos muestra que también hay oscuridad, enigma y burla cuando pensamos que no hemos hecho nada malo en absoluto. Eso ayuda (hablaría mucho más de Kafka y de Gógol y de la sutil conexión que veo entre ambos, pero lo dejamos para otra

ocasión). Y William Faulkner puede ayudar. El poeta israelí Yehuda Amijai expresa todo esto mejor de lo que yo podría hacerlo cuando dice: «Donde tenemos razón no pueden crecer flores». Es un verso muy útil. Así que, en cierto modo, algunas obras literarias pueden ayudar, pero no todas.

Y si ustedes prometen tomarse lo que estoy a punto de decir con una chispa de sentido del humor, me atrevería a asegurar que, al menos en principio, creo haber inventado el remedio contra el fanatismo. El sentido del humor es un gran remedio. Jamás he visto en mi vida a un fanático con sentido del humor. Ni he visto que una persona con sentido del humor se convirtiera en un fanático, a menos que lo hubieran perdido antes. Con frecuencia los fanáticos son muy sarcásticos y algunos tienen un sentido del sarcasmo muy afilado, pero nada de humor. Tener sentido del humor implica ser capaz de reírse de uno mismo. El humor implica relativismo: es la capacidad de verse a sí mismo como tal vez te vean los otros, de caer en la cuenta de que, por muy cargado de razón que uno se sienta y por muy terriblemente equivocados que estén los demás sobre uno,

siempre emerge un aspecto que tiene su innegable pizca de gracia. Cuanta más razón tiene uno, más gracioso se vuelve. Uno puede ser un israelí cargado de razón, un palestino cargado de razón o cualquier cosa cargada de razón, pero, si se tiene sentido del humor, puede que uno sea parcialmente inmune al fanatismo.

Si al menos pudiera comprimir el sentido del humor en cápsulas y luego persuadir a poblaciones enteras para que se tragaran mis píldoras humorísticas, inmunizando así a todo el mundo contra el fanatismo, puede que algún día accediera al Premio Nobel de Medicina, en vez de al de Literatura. Pero ¡cuidado! La propia idea de comprimir el sentido del humor en cápsulas, de hacer que otros se traguen mis píldoras humorísticas por su propio bien, curándose así de su trastorno, está ligeramente contaminada de fanatismo. Mucho cuidado: el fanatismo es extremadamente pegajoso, más contagioso que cualquier virus. Se puede contraer fanatismo fácilmente, incluso al intentar vencerlo o combatirlo. Al leer los periódicos o ver la televisión es posible comprobar todos los días lo fácil que es que la gente se convierta en fanática antifanática, en fanáticos anti-

fundamentalistas, en cruzados antiyahad. A la postre, si no podemos vencer el fanatismo, tal vez podamos al menos contenerlo un poco. Como he dicho antes, la capacidad de reírnos de nosotros mismos es una cura parcial; la capacidad de vernos como nos ven los demás es otra medicina. La capacidad de existir en situaciones con final abierto, incluso de aprender a disfrutar de dichas situaciones, de aprender a gozar de la diversidad, también puede ayudar. No estoy predicando un relativismo moral total. Desde luego que no. Intento hacer hincapié en la necesidad de imaginarnos unos a otros. Hagámoslo en todos los niveles, empezando por los más cotidianos. Cuando nos peleamos, cuando nos quejamos. Imaginémonos precisamente cuando sentimos que tenemos un cien por cien de razón. Incluso cuando tenemos un cien por cien de razón y ese otro está totalmente equivocado, sigue siendo útil imaginarse al otro. De hecho, lo hacemos todo el rato. Mi última novela, *El mismo mar*, versa sobre un puñado de seis o siete personas diseminadas por el globo que se sienten casi en comunión mística. Se presienten, se comunican todo el tiempo entre sí de forma telepática, aunque

están diseminados por los cuatro confines de la tierra.

La capacidad de existir en situaciones con final abierto está, hablando con imaginación, abierta a todos nosotros: por ejemplo, escribir una novela implica, entre otras tareas, la necesidad de levantarse cada mañana, beber una taza de café y empezar a imaginarse al otro. ¿Qué pasaría si yo fuera ella o él? Y en mi experiencia personal, en mi propia historia vital y familiar, muy a menudo, no dejo de pensar en que, con un leve cambio en mis genes, o de las circunstancias de mis padres, yo podría ser él o ella. Podría ser un colono judío de Cisjordania, podría ser un extremista ultraortodoxo, podría ser un judío oriental de un país del tercer mundo, podría ser cualquiera. Podría ser uno de mis enemigos. Imaginar esto es siempre una práctica muy útil.

Hace muchos años, cuando todavía era un niño, mi sapientísima abuela me explicó con palabras muy sencillas la diferencia entre judío y cristiano, no ya entre judío y musulmán, sino entre judío y cristiano: «Mira —me dijo—, los cristianos creen que el Mesías ya estuvo aquí una vez y que, desde luego, regresará algún

día. Los judíos mantienen que el Mesías está todavía por llegar. Por esto —siguió mi abuela—, ha habido tanta ira, tantas persecuciones, derramamientos de sangre, odio... ¿Por qué? —dijo—. ¿Por qué no podemos esperar todos sin más y ver qué pasa? Si el Mesías vuelve diciendo: «¡Hola, me alegro de volver a veros!», los judíos tendrán que ceder. Si, por el contrario, el Mesías llega diciendo: «¿Qué tal estáis? Me alegro de conoceros», toda la cristiandad tendrá que disculparse ante los judíos. Mientras tanto —dijo mi sabia abuela—, solo vive y deja vivir». Ella era definitivamente inmune al fanatismo. Conocía el secreto de vivir en situaciones con final abierto: en conflictos no resueltos, en la otredad de los demás.

He empezado diciendo que el fanatismo a menudo comienza en casa. Déjenme concluir diciendo que el antídoto también se puede encontrar en casa, prácticamente en las yemas de nuestros dedos. Ningún hombre es una isla, dijo John Donne. Me atrevo humildemente a añadir a esta maravillosa sentencia que ningún hombre ni ninguna mujer son una isla, pero todos somos una península con una mitad unida a tierra firme y la otra mirando al mar. Una

mitad está conectada a la familia y a los amigos, a la cultura y a la tradición, al país y a la nación, al sexo y al lenguaje y a muchos otros vínculos. Y la otra mitad quiere que le dejen mirar el océano en paz. Pienso que nos deberían permitir seguir siendo penínsulas. Todo sistema político y social que nos convierta a cada uno de nosotros en una isla darwiniana y al resto de la humanidad en enemigo o rival es una monstruosidad. Pero, al mismo tiempo, todo sistema ideológico, político y social que pretenda convertirnos a todos y cada uno de nosotros en una molécula de tierra firme también lo es. La condición de península constituye la propia condición humana. Es lo que somos y lo que merecemos seguir siendo. Así que, en cierto sentido, en cada casa, en cada familia, en cada conexión humana tenemos, de hecho, una relación entre una cantidad de penínsulas. Y será mejor que lo recordemos antes de intentar modelarnos unos a otros y darnos la espalda unos a otros o hacer que la persona de al lado se vuelva como nosotros, cuando lo que él o ella realmente necesita es mirar el océano un rato. Esto se puede aplicar tanto a grupos sociales y culturas como a civilizaciones y naciones y,

claro está, a israelíes y palestinos. Ninguno de los dos es una isla y ninguno de ellos puede mezclarse por completo con el otro. Esas dos penínsulas deberían relacionarse y a la vez deberían dejarlas a su aire. Sé que es un mensaje poco usual en estos días de violencia, ira, venganza, fundamentalismo, fanatismo y racismo, todo lo cual campa a sus anchas en Oriente Próximo y en otras partes. Cierta sentido del humor, la capacidad de imaginarse al otro y la capacidad de reconocer la calidad peninsular de cada uno de nosotros pueden ser al menos una defensa parcial contra el gen fanático que todos llevamos dentro.